

**LA ESPIRITUALIDAD DE LA DEVOCIÓN
AL CORAZÓN DE JESÚS.
EXPOSICIÓN SINTÉTICA**

Manuel Ruiz Jurado sj

Sumario: La devoción al Corazón de Jesús manifiesta una forma de la espiritualidad cristiana que pone su centro de atención en dicho símbolo. El artículo pretende ofrecer una exposición sintética de la evolución, desarrollo y formas que ha ido adoptando esta devoción a lo largo de la historia.

Summary: Devotion to Jesus's Heart manifests a form of Christian spirituality which puts the spotlight on such a symbol. This paper intends to offer a synthetic display of the evolution, development and shapes which this devotion has adopted along history.

Palabras clave: espiritualidad, magisterio, Paray le Monial, historia de la salvación.

Key words: spirituality, magisterium, Paray le Monial, history of salvation.

Fecha de recepción: 4 febrero de 2017

Fecha de aceptación y versión final: 15 mayo de 2017

1. Introducción

Entiendo por devoción al Corazón de Jesús una forma particular que puede tomar en la persona humana su vida en el Espíritu. En ella entra como elemento fundamental la respuesta de amor de esa persona al amor manifestado por Dios al hombre en el Verbo encarnado, sintetizado o simbolizado en la expresión “Corazón de Jesús”.

Soy consciente de la dificultad encontrada por los teólogos cristianos para definir “espiritualidad”. Predomina en algunos el considerarla como “disciplina de estudio teológico” de la vida en el Espíritu, de sus formas y estructuras diversas que presenta, según las épocas, individuos, tendencias, gracias recibidas por los sujetos vivientes, etc.; y en otros se entiende por “espiritualidad” la misma “vivencia espiritual”, sujeta a la evolución, desarrollo, formas diversas que presenta, según las acentuaciones que predominan en las diversas épocas, personas, escuelas, etc. Aquí me atengo a la segunda acepción indicada.

Sólo pretendo presentar en síntesis breve y comprensible los fundamentos de una espiritualidad, que resalta especialmente los rasgos de la devoción al Corazón de Jesucristo, y propone estos rasgos como síntesis y forma de espiritualidad cristiana, que pone en su centro de atención el símbolo del Corazón de Cristo con toda la amplitud de su significado y su reclamo: “Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres...”.

El interés por los santos y beatos que se distinguieron por la centralidad que tuvo en ellos esta vivencia espiritual ayudará a encuadrar su figura en una historia más amplia, con muy diversas figuras, de una devoción plurisecular; siempre inspirada en los fundamentos de la fe cristiana, que ha contribuido a la santidad en las diversas épocas de su historia.

Pienso que a la disciplina científica, conocida hoy como historia de la espiritualidad se deba contribuir no sólo con el análisis detallado de figuras individuales, sino con síntesis que permitan observar el panorama de la evolución de una determinada forma de espiritualidad.

2. Etapas

2.1 *La prehistoria y antigüedad*

A mi modo de ver, esta devoción tiene una pre-historia ya en el Antiguo Testamento. La caridad divina y su predilección por el hombre es el mensaje que, desde el principio con la creación y su promesa de redención, no obstante el pecado del hombre, aparece como centro de atención en la revelación divina: Dios ha creado al hombre para su intimidad con El, porque lo ama y quiere su amistad y amor. Con la promesa del Redentor que restaurará esa amistad, no obstante la desobediencia y pérdida de su amor y dignidad por parte del hombre (Gen 2,5-33,15) demostrará hasta dónde llega su amor.

Sus reclamos son ante todo al amor: “Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás, pues, al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deut 6,4-5). Moisés y los Profetas recurren a comparaciones, que recuerden al pueblo de la Alianza el amor fiel de Dios a su pueblo: el águila que recoge a sus polluelos (Deut 32,11), la madre que no se olvida jamás del hijo de sus entrañas (Is 49,14-15), el amor del padre cariñoso a su hijo (Os 11,1-4), el de un esposo fiel a su esposa (Cant 2; 6,6...; Os 2,16-17).

El amor divino es un amor vehemente, fuerte como la muerte (Cant 8,6), sublime, que no queda insensible a la traición de la persona amada; pero que le permanece siempre fiel y la reclama (Os 2; Jer 31,3-4, 33-34).

La historia de la salvación se puede resumir en las palabras: “Cogitationes Cordis eius a generatione in generationem ut eruat a morte animas eorum et alat eos in tempore famis” (Sal 33,11.19): “Los pensamientos de su Corazón se extienden de generación en generación para librar sus almas de la muerte y alimentarlos en tiempo de hambre”. Ese es el amor que se mostrará al hombre en la plenitud de su manifestación en la persona de Cristo Redentor, en su vida, muerte en cruz y resurrección: “Cum autem benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei...” (Tit 3,4): “Cuando se reveló la benignidad y el amor a los hombres de Dios nuestro Salvador”. Revelación que permitirá decir en resumen: “Deus charitas est” (1 Jn 4,8): “Dios es caridad”.

Y, a la luz del evangelio de san Juan, podemos entender también que la profecía de Zacarías (12,10) se ha cumplido, cuando abrió la lanza el costado de Cristo, para que los hombres pudieran fijar su mirada en él: “Mirarán al que traspasaron”

(Jn 20,37), y dirigirse hacia el Corazón de donde manaron sangre y agua. Y, que la profecía de Isaías (12,3.55,1-3) pudo aludir al Corazón de Cristo, que diría: “El que tenga sed venga a mí, y beba”, como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva” (Jn 7,37-38).

El elemento fundamental de esta espiritualidad del Corazón de Jesús, el amor divino y misericordioso hacia los hombres, resulta pues ampliamente representativo del mensaje del Antiguo Testamento. Es el amor de Dios a los hombres, el que a su tiempo se ha manifestado en Jesús, Verbo encarnado, revelador con sus gestos visibles, y con sus palabras, de la realidad invisible de Dios.

Dios, Santísima Trinidad, nos ha amado desde toda la eternidad. Y, en Jesucristo, es la persona del Verbo la que nos ama y manifiesta con sus gestos y sus palabras la caridad eterna del Padre en el Espíritu Santo: “Quien me ve a Mí, ve a mi Padre” (Jn 14,9).

La propia misión redentora de Cristo es el cumplimiento de la voluntad amorosa del Padre, que supera la traición humana del pecado: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito, para que quien cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). En Cristo hemos sido regenerados por gracia, “por la inmensa caridad con que nos amó... por su bondad con nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2,4-7). Esta es la esencia del misterio reservado durante siglos y, al fin, manifestado por los Apóstoles en la Iglesia. Por eso Pablo ruega al Padre que se pueda comprender “cuál sea la anchura, la prolongación, la altura y la profundidad de este misterio... el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento” (Ef 3,18). El amor del Corazón de Cristo lo llevó a darse en sacrificio por cada uno de nosotros, que, como san Pablo, podemos decir: “Me amó y se entregó (a la muerte) por mí” (Gal 2,20).

Él se ofreció porque lo quiso, desde su entrada en el mundo (Heb 10,5-14), con oblación sacerdotal, en la que El mismo por la obediencia a la voluntad del Padre, en su cuerpo, se presenta como la víctima por los pecados de toda la humanidad. “En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que El dio su vida por nosotros; y así nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1 Jn 3,16).

En esta nueva etapa de la historia de la salvación, la del Nuevo Testamento, es Jesús mismo quien hace centrar la mirada en su Corazón. Quiere que miremos su Corazón, no sólo como símbolo de su amor, sino como expresión de su propia persona, de las actitudes de donde brota su actuación exterior. Como maestro manso y humilde de Corazón, desea que aprendamos de El; quiere constituirse en modelo concreto y estímulo de nuestra conducta, que ha de asemejarse a la suya, según el designio del Padre (Mt 11,29-30; Rom 8,29-30).

El Corazón de Cristo aparece señalado como centro de atención, no sólo por ser de alguna manera la sede representativa del amor, sino de toda la vida interior, de la fuente interna de sus actitudes y comportamientos. Con ello viene evangélicamente designado el centro de la vida espiritual cristiana; pues del corazón de cada hombre salen los buenos y los malos pensamientos, los deseos y proyectos del bien y del mal (cf. Mt 15,18-20). La imitación de Cristo no es una simple ejecución de determinados actos, sino una entrega del corazón por amor, la conversión de las actitudes internas de cada fiel en las suyas. Las que nos llevarán a asumir su cruz, como instrumento único de salvación. El ha insistido en la actitud interior, cuando se cumple la ley: no sólo con

matar, sino con no odiar; no sólo con no fornicar, sino al no admitir malos deseos hacia la mujer; no con limpiar el vaso sólo por fuera, sino purificando el interior (Mt 5 y 23).

Al fin y al cabo, en amar se resume la nueva ley, traída por El (Mt 22,40), para que con el don del Espíritu impreso en nuestros corazones (Ez 36,27) nos impulse y conduzca a amar como Él nos amó (Jn 13,34), con amor de sacrificio y de reparación por nuestros males y pecados (cf. Heb 9, 11-14). Es así como se puede resumir toda la espiritualidad cristiana en la devoción al Corazón de Cristo, hasta tal punto que S.S. Pío XI pudiera afirmar, en la encíclica “*Miserentissimus Redemptor*”, que en esta forma de devoción “se encierra la suma de toda la religión y la norma de vida cristiana más perfecta”¹.

Para llegar a este reconocimiento explícito del Magisterio de la Iglesia, la historia de la espiritualidad cristiana ha pasado por varias etapas y formas en el desarrollo de los diversos elementos que han constituido la devoción al Corazón del Salvador. Al principio, quedando más implícito el “corazón”, en cuanto símbolo representativo de la persona de Cristo o de su amor; pero siendo ya resumen de una espiritualidad centrada en el amor de respuesta al amor de la persona de Cristo. Y aun descubriendo o insinuando el aspecto sacrificial de la propia persona, en reparación de la falta de amor con que Cristo es correspondido en el mundo, y en oblación con Cristo por la salvación de todos.

San Pablo, en primer lugar, considera su vida como una respuesta de amor a Cristo que “me amó y dio su vida por mí” (Gal 2,20). Ya es Cristo quien vive en El, en la desposesión total de su persona, actuada en él como una crucifixión con Cristo (Gal 2,19-21). Toda su vida la considera como una oblación, cuando siente aproximarse su muerte; o como una carrera por alcanzar a Cristo y su inmolación, para colaborar con Él en la obra de la proclamación del evangelio de Cristo–Salvador de los hombres (2 Tim 4,1-8; 2 Cor 4,15-18).

Es eso lo que recomienda a los cristianos; porque para él quien no ama a Cristo ha de ser anatema (1 Cor 16,22). Lo que aconseja es que tengan en su corazón los mismos sentimientos que Cristo, que se despojó de apariencia divina para hacerse el último y ponerse al servicio de los demás, y en su humildad obediente al Padre, fue declarado Salvador (cf. Filip 2,1-10). S. Juan Crisóstomo diría de Pablo², que su corazón con el Corazón de Cristo temblaba por los pecados ajenos, sufría como dolores de parto hasta que Cristo se formase en los hermanos (Gal 4,19).

En Ignacio de Antioquía encontramos una concentración semejante de todo su dinamismo vital en respuesta de amor ardiente a Cristo, cuando yendo hacia el martirio suplica a los romanos que no intercedan por él para librarlo de los dientes de las fieras; pues desea ser molido para convertirse, a semejanza de Cristo (su amor crucificado: “*Amor meus crucifixus est*”), en pan limpio ofrecido en oblación³. Es la imagen símbolo de lo que vivía en su interior, como espiritualidad centrada en respuesta de amor a Cristo, que lo amó y se entregó por él a la cruz y se da cada día en el sacrificio de la Eucaristía como pan inmaculado.

¹ AAS 20 (1928) 167.

² *Hom.* 32,3 (PG 60, 679-680).

³ *Carta Ad Rom* 4,1-2 y 6.1-8.

En otros Padres encontramos la mirada hacia el Corazón de Cristo, más bien contemplando la herida de su costado abierto, de donde ven brotar la Iglesia a semejanza de Eva salida del costado del primer Adán (con los sacramentos vivificantes del bautismo y la Eucaristía, en la sangre y el agua salidas del segundo Adán). Así Orígenes⁴, san Agustín⁵ y san Cirilo⁶. Pero también y antes: san Justino⁷ y san Ireneo⁸, que ven salir del costado abierto la Iglesia y el don del Espíritu en esa agua viva ; y san Hipólito⁹, que habla de ese mismo manantial, que la Iglesia esparce por el mundo con los cuatro evangelios para llevar la vida a los que creen en El.

Son primicias de la devoción al Corazón de Cristo, que se desarrollará más adelante con una penetración más íntima en la totalidad de su amor, en el Corazón reflejado como símbolo. Pero también como centro de una vida interior, que ha de ser contemplada por el cristiano, y que le invita a una respuesta de amor y dedicación totalizante como la del amor del Corazón de Cristo.

Ya en el s. IV encontramos en la Patrología Siriaca (I, t.3, 562) un escrito en que se trata de Cristo, como modelo y estímulo a la reparación por el pecado de los hombres:

“Su Corazón se ha llenado de tristeza a causa de nuestra iniquidad, es decir como efecto de su amor a las criaturas en peligro de perderse (...) El Señor se ha entristecido igualmente viendo a aquellos que le han traicionado y crucificado y pidió por ellos entre lágrimas para darnos ejemplo: para que nosotros también oráramos por aquellos que nos hacen mal, derramando lágrimas para implorar perdón, como El mismo hizo por nosotros con el Padre”.

Son ejemplos, no aislados, sino que han dado origen a enseñanzas repetidas en los sermones del medioevo, y han pervivido en la Iglesia: con las representaciones en las miniaturas románicas, en los escritos de santos y de místicos, en las reflexiones profundas de la teología escolástica, las poesías y las obras pictóricas y escultóricas. Precisamente a las bases patrísticas y bíblicas antes aducidas recurrirá la Iglesia con su Magisterio posterior, para fundamentar la devoción al Corazón de Cristo, y al presentarla como síntesis de la religión cristiana y norma de perfección.

⁴ *Hom in Ex* 11,2 (GCS 6,254).

⁵ *Ep.* 21,4 (CSEL 29, 151).

⁶ Ahí se ponen en relación los textos de Jn 7,37 y 19,34. Aunque la interpretación se dé del creyente que beberá, es claro que esa fuente no brotará de él, sino después que ha bebido de Cristo.

⁷ *Diálogo con Trifón* 135,3. 114, 4 (cf.14, 8).

⁸ *Adv. Haer* 3,24,1 (cf. 5,1,2).

⁹ *Com. a Daniel* 1,17 (GCS I, 1, 29).

2.2. *Aportaciones medievales*

San Anselmo (+1109) y san Bernardo (1090-1153) encuentran en esa apertura del costado de Cristo una invitación a penetrar en las riquezas insondables de la bondad y aun de toda la vida interior del Corazón de Cristo. Así es como hablar del Corazón de Cristo puede equivaler a hablar de Cristo, de su persona en sus proyectos y deseos más íntimos. En el Corazón de Jesucristo se contempla el gran misterio de la misericordia divina: los proyectos del Corazón divino que atraviesan todas las edades en su designio salvífico.

El amor apasionado por Jesucristo que abre los ojos contemplativos de san Bernardo, atraviesa la espiritualidad medieval de Guillermo de Saint-Thierry (+1148), Ricardo (+1173) y Hugo de San Víctor (+1141), al meditar sobre el misterio de la Pasión del Salvador. Y se convertirá en las explícitas efusiones místicas con las que algunas santas, como Lutgarda (1182-1246)¹⁰, Matilde de Magdeburgo (1212-1285) o Matilde de Hefta (1241-1299), y santa Gertrudis (1256-1102) introducirán elementos nuevos en esta devoción, que cada vez hace resaltar más expresamente la santidad de amor y reparación, centrada y especialmente motivada por el amor de Jesucristo y la asimilación de su vida interior. Lutgarda habla del intercambio místico de su corazón, deseado por Cristo, con el Corazón de Cristo querido por ella¹¹. Pero Lutgarda siente también que el Señor intima a su alma: “Es necesario que hagas penitencia por los pecadores que yacen en su suciedad”.

La llaga del Corazón de Cristo es llaga de amor ardiente, que le ha llevado a sufrir por los pecadores, y ese fuego quiere encenderse en el corazón de los hombres, comunicándoles su celo por la salvación de los demás y su deseo de reparar, con el Corazón de Cristo, la falta de ese amor de correspondencia al amor divino, que busca Jesús en los hombres. En la visión de santa Gertrudis¹², en la fiesta de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios presenta “a la gloriosa Trinidad su sagrado Corazón, que tenía en sus sagradas manos como una lira melodiosa”, y en esa lira “sonaban dulcemente delante de Dios el fervor de las almas y todas las palabras de los cánticos sagrados”.

A continuación, y junto a la contribución del Cister, crece en el ambiente franciscano del medievo el amor seráfico de intimidad y transformación en Cristo. De la contemplación del crucificado recibe san Francisco de Asís la misión de restaurar la casa de Dios, y para ello lo llevará el Señor hasta la impresión de sus llagas en el Monte Alvernia. La pasión de amor que desea transmitir al mundo y en particular a sus seguidores, los franciscanos, no mira tanto a la imitación material de Cristo, cuanto a hacer de sus sentimientos y proyectos vida de sus propias vidas. Uno de ellos, san Buenaventura (1221-1274), verá la razón de la herida del Corazón en la intención de Cristo, de hacer penetrar en su amor invisible a través de la llaga visible.

¹⁰ *Bibliotheca Sanctorum*, vol.VIII, Città Nuova, Roma 1976, 396-400; A. BERLIÈREB, *La devotion au Sacré Cœur dans l'Ordre de saint Benoit*, Lethielleux, Paris 1923, 28-40.

¹¹ K. RICHTSTÄTTER, *Die Herz-Jesu-Verehrung des deutschen Mittelalters*, Josef Kösel & Friedrich Pustet, Munich-Ratisbona 1924, 45-46.

¹² GERTRUDIS DE HELFTA, *Revelationes*, lib. III.

Excavando en el campo de su cuerpo herido, hemos encontrado, dirá, el gran tesoro, la perla preciosa de su Corazón¹³.

Místicas franciscanas como santa Margarita de Cortona (1247-1297), o Ángela de Foligno (1244-1309), irán a abreviar su alma al costado de Cristo, y a embriagarse en su sangre. Y en esa misma línea de devoción que arrastra a la perfección cristiana, caminarán Enrique Herp (+1447) y el apóstol del nombre de Jesús, san Bernardino de Siena (1380-1444)¹⁴.

Catalina de Siena (1347-1380), en su *Diálogo de la divina providencia*¹⁵; y Ludolfo de Sajonia (¿1300-1378?), en su *Vita Iesu Christi*¹⁶, invitarán a participar en los sufrimientos del Corazón de Cristo por los pecados de los hombres.

Pero, será el libro *Meditationes vitae Cristi*, atribuido a san Buenaventura, más bien obra de otro franciscano, Juan de Caulibus, el que difundirá ampliamente en el Medievo la devoción ferviente y concreta a los rasgos y gestos de la humanidad del Salvador, en todos sus detalles: un modo de contemplar con amor y dejarse enamorar del amor divino revelado en Jesús, como se ha manifestado en el Evangelio, para atraernos a su seguimiento e imitación.

No es ajeno a ello la “devotio moderna”; pero es, sobre todo a través de Ludolfo de Sajonia, el cartujo ya citado, como llegará esta corriente a san Ignacio de Loyola, para infundir en la Edad Moderna una espiritualidad centrada profundamente en el amor de correspondencia a Jesucristo y en la participación en su obra salvadora, hasta la unión con Él en sus afrentas y su cruz.

2.3. *Epoca Moderna*

La escuela cartujana de devoción al Corazón de Jesucristo, en la que destaca J. Lanspergius (1489-1539), se desarrolló especialmente en Colonia con Dionisio Ryckel (1402-1471), que produjo el que se puede considerar como primer manual de la devoción al Corazón de Jesús, su *Pharetra divini amoris* (Paris, 1573). El hará de lazo de unión en esa transmisión al s. XVI, a través de uno de los representantes más excelsos de la espiritualidad cristocéntrica ignaciana, san Pedro Canisio.

Los Ejercicios Espirituales ignacianos centran al ejercitante en el amor de gratitud a Cristo redentor, clavando en su corazón estas preguntas: ¿Qué ha hecho Cristo por mí? ¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? Y basarán una vida espiritual centrada en el conocimiento interno del Salvador, para colaborar con Él en la conquista de su Reino, actuando con Él y como Él. Dos expresiones que suponen amistad y continua búsqueda de su agrado a través de la penetración (conocimiento interno de Cristo, para que más le ame y mejor le siga) en los deseos, los proyectos e intenciones de su Corazón, las actitudes y motivaciones que sólo se conocen en su vida íntima, den

¹³ Cf. “Vitis mystica”, en *Opera*, ed. Quarachi, t.8, 159-189.

¹⁴ *Opera*, Venetiis 1591, t. 1, 617.

¹⁵ Ed. Cateriniane, Roma 1968, 322-323.

¹⁶ Ed. Venetiis, 1568, 486v.

lo que la S. Escritura llama Corazón. Y además, fomentan una actitud de participación a los dolores y afrentas sufridas por el Salvador a causa de nuestros pecados.

Se explica así que la Compañía de Jesús resulte terreno abonado para desarrollar lo que será, después de las revelaciones de Paray le Monial a Santa Margarita María de Alacoque, la devoción al Corazón de Jesús, tanto en sus valores espirituales más profundos como en aquellos más populares.

El gran san Juan de Ávila (1499-1569), ardiente en celo paulino, pasa a contemplar los amores del Corazón de Cristo, y deja en herencia a los sacerdotes una espiritualidad centrada en los sentimientos sacerdotales del Corazón de Jesucristo nuestro Señor: "... principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio; y es mucha razón que quien le imita en el oficio lo imite en los gemidos, oración y lágrimas que, en la misa que celebró el Viernes Santo en la cruz en el Monte Calvario, derramó por los pecados del mundo... En este espejo sacerdotal se debe mirar el sacerdote, para conformarse en los deseos y oración con Él..."¹⁷.

Y san Pedro Canisio (1521-1597), es uno de los que también destacan en su aportación a la espiritualidad apostólica centrada en el Corazón de Cristo¹⁸. A ese Corazón encomendaba sus intenciones para purificarlas y completarlas. En el sacrificio de la Misa, se unía a Él en sus intenciones apostólicas hacia los herejes y cismáticos. Y en la ocasión de su profesión solemne, mientras en la basílica de S. Pedro en el Vaticano, encomendaba su futura misión en tierras germánicas (1549), se sintió invitado a beber del Corazón de Cristo, y recibió la promesa de ser revestido de una triple vestidura: de paz, amor y perseverancia¹⁹.

A partir de la segunda mitad del siglo XVI se difundirá ampliamente la figura de un Corazón con los tres clavos bajo el monograma IHS. A ello contribuyeron las *Evangelicae Historiae imagines ex ordine Evangeliorum quae toto anno in Missae Sacrificio recitantur* (Antverpiae, 1593) del P. Jerónimo Nadal (1507-1580). Tanto Nadal como san Francisco de Borja (1510-1572) se muestran particularmente sensibles a las llagas de Jesucristo crucificado y en particular a la de su Corazón abierto. Entrando por esa puerta contemplaba Nadal el amor creado y el increado de Cristo²⁰. En Él sentía encendido su celo apostólico constante san Francisco de Borja, y deseaba vivir de los sentimientos de ese Corazón: vivir "como Cristo por los trabajos de los pecadores". Era la actitud más común de su madurez espiritual y así escribía: "Al pie de la cruz estar ofreciendo la vida por Cristo y por su Iglesia a la Santísima Trinidad"²¹.

En esta escuela ignaciana se forman: el B. José de Anchieta (1534-1597), autor de una bella oración al Corazón de Cristo y quizás del primer templo levantado en su honor en Brasil; Gaspar Druzbicki (1590-1662), autor de *Meta cordium, Cor Iesu*, que

¹⁷ Cf. JUAN DE ÁVILA, *Escritos sacerdotales*, BAC, Madrid 1969, 147.

¹⁸ *Autobiografía y otros escritos*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2004.

¹⁹ *B. Petri Canisii Societatis Iesu epistolae et acta*, ed. O. Braunsberger, Herder, Friburgo 1896-1923, vol. I, 55-56.

²⁰ *P. Hieronymi Nadal orationis observationes*, ed. M. Nicolau, Roma 1964, 10-15.

²¹ Cf. *San Francisco de Borja. Diario espiritual (1564-1570)*, ed. Crítica y notas de M. RUIZ JURADO S.I., Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1997, 263 y 290.

ha tenido varias ediciones y traducciones; y, sobre todo, san Claudio de la Colombière (1641-1682), que será el confidente escogido por Dios para santa Margarita María.

En la línea carmelitana, pero en relación con la jesuítica, destacan los escritos de santa María Magdalena de Pazzi (1566-1607), que divulga el lenguaje de las oraciones de las almas encendidas en el celo del amor por la Iglesia, como saetas de amor dirigidas al Corazón de Cristo, que reparan el desamor y resistencia de tantas otras almas. Por otra parte, varios autores capuchinos, como Alberto Schenk von Castel (1583-1634); Martín von Kochem (1634-1712), adoran al Corazón divino y tratan de compensar con su amor las injurias o desprecios de otros, o los dolores que pasó con tanto amor por los pecados del mundo. Se dirigen en particular al Corazón del Niño Dios. Sobre El escribe von Kochem: “Entonces tu Padre rodeó tu pequeño corazón con una corona de espinas...”²².

Algunas imágenes o medallas ponen ante los ojos el Corazón de Jesús irradiando luz desde el pecho de Jesucristo. Y el P. José de París (1577-1638) deja, a su fundación de las Benedictinas del Calvario centradas en la contemplación de la Pasión, en el Corazón de Jesús -símbolo de su amor hacia el Padre y hacia los hombres-, el consejo de morar en ese Corazón, de alimentarse de El, transformarse en El, hasta no tener otra voluntad que la Suya²³.

Pero, sobre todo, contribuye a la espiritualidad basada en el Corazón de Jesús, como regla comunitaria para los religiosos y la religiosas fundados por él, san Juan Eudes (1601-1680). El procede de la espiritualidad beruliana de penetración en el sentido teológico de los misterios y estados de la vida de Cristo en su anonadación y abandono ante el Padre. Se centra especialmente, por tanto, en los sentimientos y actitudes de ese divino Corazón, y será el primero en rendir culto litúrgico a los Sagrados Corazones de Jesús y María

2.4. *Influjos de Paray le Monial*

Las revelaciones de Paray a santa Margarita María (1647-1690) darán un sello nuevo universal para la Iglesia a la devoción al Corazón de Jesús, al insistir en algunos aspectos, como el de la reparación, especialmente por las ofensas recibidas en el Sacramento de la Eucaristía. Se siente llamada a comunicar al mundo un mensaje de amor y misericordia especialísimo con la práctica de esta devoción. Este amor quiere reinar por amor en todos los corazones de los hombres y pide a las almas más fieles reparar las infidelidades propias y ajenas. Jesús se presenta como mendigando el amor humano. Desea que se instaure una fiesta particular en el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento, para honrar a ese Corazón y repararlo. Después de algunas dificultades y persecuciones, en el convento de Paray le Monial y fuera, apoyada santa Margarita²⁴ por la doctrina y actividad del P. La Colombière, y sucesivamente de los padres Juan

²² K. RICHSTATTERK, *o.c.*, 310.

²³ Cf. A. HAMON, voz “Coeur” en *DSp* t.2/1, col. 1031-1032.

²⁴ Cf. las palabras de la aparición tenida en junio de 1675, en *Dsp* X, col. 351.

Croiset, con *La dévotion au Sacré Coeur* (Dijon 1689)²⁵ y Juan Francisco Galliffet, *De cultu sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri Iesuchristi* (Roma 1726), se irán divulgando y poniendo en práctica, en los últimos años del siglo XVII y primeros del siguiente, las nuevas formas de devoción y culto que constituirán una nueva perspectiva en la Iglesia para las almas fervientes y para el pueblo.

Luego se irán estableciendo en todos los niveles y ámbitos de la Iglesia, en los siglos siguientes: primeros viernes de mes con comunión reparadora; la imagen del Corazón de Jesús herido por la lanza, coronado de espinas y ardiendo en llamas que se alimentan en la cruz puesta en su cima (sostenido en sus manos o mostrándolo sobre su pecho); la hora santa en la noche del jueves al viernes en memoria de los sufrimientos de Jesús en Getsemaní; la fiesta litúrgica (cada vez más solemne y más universalizada); y el subrayado cada vez más fuerte de los actos de consagración y reparación individuales y públicos.

Pero no se llegó a esto sin oposiciones a la novedad y al celo y proselitismo intenso mostrado (quizás a veces no suficientemente iluminado o discreto) por los seguidores de la “nueva devoción”, como era considerada entonces. Los mayores opositores fueron los jansenistas o los católicos influidos por tal mentalidad. La Iglesia oficialmente puso sus reservas y trató de evitar las desviaciones. Pero ya en 1693, Inocencio XII concede indulgencia plenaria a quien comulgue, con las disposiciones requeridas en una iglesia de la Visitación el viernes siguiente a la octava del Corpus. En cambio, en 1697, este mismo Papa responde a la Reina María de Inglaterra, que había solicitado el establecimiento de una fiesta en honor del Corazón de Jesús en esa fecha: “Non expedit”²⁶.

2.5. El siglo XVIII

También se mostrará reacio a instancias semejantes en 1726 y 1729, Benedicto XIII²⁷. No sólo se objetaba la novedad de la devoción, sino el peligro de dividir a Cristo como objeto de devoción y la discutible tesis en la que se deseaba apoyarla, que proponía el corazón como órgano del amor. Sólo ya en 1765, Clemente XIII (+1769) revocará la decisión de 1729 y autorizará una misa y oficio propios del S. Corazón; aunque, al principio, limitadamente a Polonia y a la Orden de la Visitación. Respuesta positiva a una súplica muy bien argumentada teológicamente por los obispos polacos.

Durante el s. XVIII la devoción se fue extendiendo poco a poco a toda la sociedad. En 1706 eran ya cien las cofradías dedicadas al Corazón de Jesús. Se multiplicaron en diversas regiones de Europa escritores o predicadores, que vivieron centrando su vida espiritual en la devoción al Corazón de Cristo, y se consideraron llamados a promoverla con sus consejos, cartas, libros o misiones populares. Ellos dieron en sus respectivos ámbitos y nacionalidades un impulso fuerte a la extensión y profundización del influjo espiritual de esa devoción.

²⁵ Este libro fue puesto en el “Índice” con fecha 11 de marzo de 1804, y después sacado por León XIII del mismo.

²⁶ A. HAMON, voz “Cœur (Sacré)”, *DSp.* 2, col. 1035-1036.

²⁷ Cf., la decisión comunicada por la Congregación de Ritos en 1729.

El P. Gallifet,²⁸ Asistente de Francia en la curia general de la Compañía de Jesús en Roma (1723-1730), contribuyó eficazmente con su obra *De cultu Sacrosancti Cordis Dei ac Domini Nostri Christi* a la aprobación de numerosas cofradías del S. Corazón en todo el mundo ante la Santa Sede; y con sus escritos posteriores contribuirá a difundir la devoción al Corazón de Jesús especialmente en la Compañía. El joven beato Bernardo de Hoyos (1711-1735) hizo traducir la obra antes citada de Gallifet²⁹, y movió al P. Juan de Loyola, su padre espiritual, a escribir su obra *Tesoro escondido en el Sacratísimo Corazón de Jesús* (Valladolid 1734) de una gran difusión en lengua española. Ambos, junto a Pedro de Calatayud (+1773), con sus misiones y escritos en gran parte de España y Portugal, y Agustín de Cardaveraz (+1770) -especialmente en el País Vasco-, ayudaron mucho a arraigar profundamente en estas regiones la devoción al Corazón de Jesús en el pueblo y a aumentarla en las almas consagradas.

La devoción continuó su marcha impetuosa, ferviente, en toda Europa y en las misiones de ultramar: América hispana, Brasil, India, Canadá, China, fomentada especialmente por los jesuitas. Algunos obispos franceses aprueban, ya en el primer tercio de este siglo, para sus diócesis, la celebración de la fiesta del S. Corazón en la fecha deseada por santa Margarita María. Pío VI (+1799) defenderá la legitimidad y utilidad de la devoción y culto al Corazón de Jesús contra sus más aguerridos enemigos, los jansenistas.

Las luchas contra la devoción, no pararon en la segunda mitad del s. XVIII. Más aún, sus enemigos creyeron darle un golpe mortal con la supresión de la Compañía de Jesús en 1773. Pero la devoción se enardece, como signo de esperanza contra los revolucionarios y los perseguidores de la Iglesia y del Papa. Entre los jesuitas suprimidos, como entre los que permanecieron en Rusia Blanca, es una de las características de su espiritualidad, con santos como san José Pignatelli (+1811). Y será también Pío VI, en 1794, quien se opondrá con su bula "Auctorem fidei", a las declaraciones del Sínodo de Pistoia, que pretendía condenar como erróneas o peligrosas las devociones practicadas por los fieles y aprobadas por la Santa Sede al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Dos santos de este siglo contribuyeron especialmente a la espiritualidad del Corazón de Cristo. San Alfonso María de Ligorio con sus meditaciones tituladas *Novena al Corazón de Jesús* (1758), no sólo difunde la devoción, sino que contribuye a su fundamentación teológica, poniendo el acento en el amor de Jesucristo a los hombres, y aclarando que el Corazón físico de Jesús no se toma en el culto como aislado, sino como unido a su santísima humanidad, y, por lo mismo, a su divina Persona. Y con sus *Prácticas de amor a Jesucristo* (1768), muy divulgada y traducida, fomentará el amor de correspondencia a Jesucristo y la confianza en El, a causa en particular del amor que nos ha mostrado en su Pasión y en la Eucaristía. Ya en 1765 obtuvo el permiso de poder celebrar en su catedral solemnemente la fiesta tan deseada del Sagrado Corazón.

San Pablo de la Cruz (1694-1775), fundador de los pasionistas, siente en su experiencia personal el deseo ardiente de saciar su sed en la fuente de amor infinito del Corazón de Cristo en la comunión eucarística, y ruega a Jesús en el Sacramento que traspase el suyo con las flechas de Su amor. En la Eucaristía contempla y adora ese amor infinito, enseña a desfallecer de dolor y exhorta a reparar por las ofensas

²⁸ G. BOTTEREAU, "Gallifet, Joseph", *DHSI*, IHSI-U.P. Comillas, Roma-Madrid 2001, II, 1560.

²⁹ J. N. TYLENDÁ, "Hoyos, Bernardo Francisco de", *DHSI*, II, 1959-1960.

que cometen contra El, no sólo los malos cristianos sino aun las almas consagradas, con sacrilegios o ingraticudes, y a ofrecerse en este sufrimiento como víctima de amor. Se coloca así en el ámbito de la espiritualidad de Paray. Su gracia carismática fomenta la participación a la Pasión de Cristo como experiencia de amor, centrada en la memoria sagrada de la Pasión como especial manifestación del amor misericordioso del Señor.

2.6. Siglos XIX

Durante la supresión de la Compañía de Jesús, en tiempo de la revolución francesa y como respuesta a sus manifestaciones antieclesiásticas, un buen número de Institutos religiosos toman al Corazón de Jesús como título e indicación de su propia espiritualidad³⁰. Algunas son fundadas por jesuitas o tienen como objeto preparar la restauración de la Compañía. Así el P. Clorivière (1735-1820) con la Sociedad del Corazón de Jesús, el P. Varin (1769-1850) con la de las Damas del S. Corazón, y el P. Coudrin (1768-1837) con la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar (Picpus), en Francia; el P. Tournely con la Sociedad de los Padres del Corazón de Jesús (1794) en Alemania, con los Paccanaristas y los Padres de la Fe, en Italia, unidos a ellos (1797), tienen como punto de referencia característico y objeto particular de su predicación la devoción al Corazón de Cristo. Como también lo fue en Rusia Blanca y Polonia el Corazón de Jesús, fuente de espiritualidad, de consuelo y de esperanza para los jesuitas allí vivientes, preparando poco a poco la supervivencia y restauración total de la Orden³¹.

Se puede decir hoy que el s. XIX ha sido el siglo del triunfo total y expansión más amplia y profunda de la espiritualidad del Corazón de Jesús. Fue en 1856 cuando el B. Pío IX extendió a toda la Iglesia la fiesta del Corazón de Jesús. Entretanto, se había extendido ampliamente en el pueblo y en las almas consagradas, de un modo extraordinario, la devoción. Es la que seguirá mostrando su vitalidad excepcional en la Iglesia durante toda la primera mitad del siglo siguiente. Más escondidamente, pero quizás no menos eficazmente, en el orden de la vida espiritual, también en el tiempo siguiente al Concilio Vaticano II.

La Compañía de Jesús restaurada en 1814 lo hará especialmente bajo el signo de la devoción al Corazón de Jesús y se dedicará con todo empeño a la misión de mostrar las ventajas contenidas en ella. Así declara en la Congregación General XXIII (1883), con unánime aplauso, un “munus suavissimum” recibido de nuestro Señor Jesucristo, el encargo de practicar, fomentar y propagar la devoción a Su Divino Corazón. Y decretó que cada año se renovara la consagración de toda la Compañía al Corazón de Jesús -con la fórmula prescrita pocos años antes por el P. General, Pedro Beckx (1872),

³⁰ Cf. “Elenco degli Istituti intitolati al Sacro Cuore”, en *DIP*, ed. Paoline, VIII (Roma 1988, dir. G.Rocca) col. 274-275.

³¹ Cf. M. RUIZ JURADO, “La espiritualidad de la Compañía de Jesús en sus Congregaciones Generales”, *AHSI* 46 b (1977) 264-268.

en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que se había de celebrar con la mayor solemnidad posible³².

El B. Pío IX no sólo había extendido en 1856 a todo el mundo la fiesta del Sagrado Corazón, en 1864 canonizó a santa Margarita María, exaltando su misión providencial, y elevando un himno de alabanza a la caridad divina, fuente suprema del amor y de la pasión redentora de Cristo a favor de la humanidad. Y en 1875, realizará la consagración de toda la Iglesia al Corazón de Jesús, en medio a las tribulaciones que lo rodeaban.

León XIII (1878-1903), elevará la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús a primera clase en 1899, publicará el primer gran documento oficial sobre el argumento, su encíclica "Annum sacrum". En ella destacar el significado de la consagración al Corazón de Jesús, y consagrará el mundo entero al Corazón de Jesús, en preparación al año 1900. A ello había contribuido el impulso dado por las peticiones de santa María del Divino Corazón (*Droste zu Vischering*) (1863-1899), de las Religiosas del Buen Pastor. Esa encíclica dará un impulso especial al influjo social y político de la devoción al Corazón de Jesús y a la doctrina sobre su reinado en los individuos y en los pueblos, y el mismo Papa lo dará con su ejemplo de la consagración y sus frutos.

En el siglo XIX la devoción al Corazón divino de Jesús se extendió y profundizó tan íntimamente en el corazón del pueblo cristiano, que ya entre 1810 y 1830 encontramos 41 fundaciones de Institutos religiosos dedicados en su título y en su espíritu al Corazón de Jesús. Y las fundaciones con este título crecerán extraordinariamente en la segunda mitad, en concomitancia con la multiplicación de intervenciones de la Santa Sede a favor de esa devoción. Entre 1860 y 1900 se cuentan cientos de Institutos con esa misma apelación. Ello supone no sólo el nombre exterior, sino una espiritualidad centrada de un modo específico en el Corazón de Jesús, y reconocida en esos Institutos aprobados por la Iglesia, como camino de santidad para sus seguidores.

Para la santificación del pueblo, contribuyó de modo especial la espiritualidad centrada en el Corazón de Jesús con la fundación y propagación del *Apostolado de la Oración*: obra abierta a todos los fieles, teológicamente basada con gran solidez en la oración y el Sacrificio de la Misa, fomenta el ofrecimiento diario de las acciones e intenciones propias unidas a las del Corazón de Cristo, que se inmola en el altar, por el bien apostólico de la Iglesia en todo el mundo y, en particular, recomienda las intenciones que el Romano Pontífice señala cada mes. Junto a ella se desarrollaron revistas, generalmente tituladas "Mensajero del Corazón de Jesús", y ediciones de libros sobre el tema o sus concomitantes³³. La asociación, además, se ha convertido en mundial, bajo la dirección superior del P. General de la Compañía de Jesús, que actúa por medio del Director general nombrado por él; pero que, con organización muy simplificada, tiene sus directores provinciales. Una vez extendida a todo el mundo, los Obispos tienen también sus directores diocesanos, si se considera necesario.

La idea original del *Apostolado de la Oración* nació de una exhortación del P. F. Gautrelet (+1886) a los estudiantes del escolasticado francés de Vals en 1844. Es misio-

³² Cf. *Institutum S.I.*, Florentiae 1893, II, 511, decr.46 *Epistolae Selectae Patrum Generalium*, Romae 1911, 197; *Constitutiones S.I. Normas Complementarias*, Curia S.I. Roma 1995, 366, n. 276,1 y 423, n. 410,1.

³³ J. DE GUIBERT, *La spiritualité de la Compagnie de Jésus*, IHSI, Roma 1953, 496-499.

nera y está en continuidad con la carta dirigida por san Ignacio a los estudiantes jesuitas de Coimbra en 1547. Se trataba de excitar el celo apostólico en un modo concreto y eficaz, para ejercitarlo en el tiempo de los estudios, cuando no pueden dedicarse todavía a ejercitarlo directamente en plenitud. La oración, los santos deseos, las mortificaciones personales, realizadas por amor y unidas al Corazón de Cristo, se pueden convertir en auténticas colaboraciones a la obra apostólica de la Iglesia en su trabajo por extender el Reino de Cristo.

El P. Enrique Ramière (1881-1884) descubrió y divulgó la teología profunda de la redención y del Reino de Dios contenida en estas ideas. Los títulos dados a las obras de Ramière, nacidas de la reunión de artículos aparecidos en el Mensajero, y publicadas después de su muerte: *Le coeur de Jésus et la divinisation du chrétien* (Toulouse 1891) y *Le règne social du Coeur de Jésus* (1892), son significativos de un ambiente de espiritualidad cristocéntrica que abraza también los aspectos sociales cada vez más, y que enfoca la glorificación personal y colectiva de Cristo y de su amor, del que el Corazón es el símbolo. Los Institutos religiosos dedicados al Corazón de Jesús son en buena parte Institutos misioneros (cf. Daniel Comboni). Ya no son sólo Oblatos, Oblatas, Víctimas, Adoratrices, etc. sino también Esclavas o Siervos del S. Corazón, Hermanas Misioneras o Misioneras Catequistas del S. Corazón y, más tarde, Rogacionistas del Corazón de Jesús interesados por las vocaciones para la mies universal del apostolado de la Iglesia.

2.7. Siglo XX

Las diversas inspiraciones tradicionales como franciscana, dominica, y en general, las diversas actividades de caridad, contemplación o misión, se sienten llamadas a colorear su propia espiritualidad con la que encuentran fomentada en el magisterio del tiempo sobre el Sagrado Corazón: Discípulas del Corazón de Jesús, Franciscanas del S. Corazón, Dominicanas Misioneras del S. Corazón, Hospitalarias del Corazón de Jesús, etc. Y se intensifica el número de los Institutos que en su título se dedican a Cristo Rey, incluyendo una relación íntima a la devoción al Corazón de Cristo. Y otros que se refieren a los dos corazones: el de Jesús y el de María.

Esta línea se siente crecer y fortalecerse con el impulso y recuerdo de la devoción de Paray, a motivo de la canonización de santa Margarita María en 1920. También contribuirán a resaltar la posición central de la devoción al Corazón de Jesucristo, la encíclica “Quas primas” (1925), en su proyección social y misionera; y la “Misericordissimus Redemptor” (1928) de Pío XI: presentando en su valor y sentido la consagración y reparación, e incorporando esta denominación a la práctica oficial de la Iglesia.

La nueva Misa del Sagrado Corazón de Jesús va acompañada de un oficio para toda la octava de la fiesta, y la devoción presentada como resumen de toda la religión cristiana y la “norma de vida cristiana más perfecta”. En la década 1920-1930 hay unos cuarenta y cuatro Institutos religiosos nuevos dedicados al Corazón de Jesús.

En la segunda mitad del s. XX se advertirá un cierto declive de la devoción en su referencia a Paray. En cambio, la devoción ha sido asumida plenamente en el culto y en la doctrina de la Iglesia. Han sido estudiadas y manifestadas las referencias que el Corazón de Jesús suscita en el cristiano hacia el centro de la vida interior de la

persona de Cristo con las consecuencias beneficiosas que de ahí se siguen para la vida espiritual cristiana; pues ésta ha de mirar a la mayor interiorización y perfección de la ley, de donde se origina la proyección y conducta exterior de la persona. Se ha puesto de relieve la estrecha relación que se establece entre la Eucaristía, como manifestación sublime del amor de Cristo en el santo Sacrificio de la Misa, centro de la vida cristiana, y la respuesta a ese amor con una participación mejor en el amor y reparación de Cristo por parte del hombre.

Sucesivamente la encíclica “Haurietis aquas” de Pío XII (1951) y la carta de Pablo VI “Investigabiles divitias”, dirigidas al episcopado universal (1965), han ido disipando las nubes teológicas que a veces se habían ido formando en torno a determinados aspectos de la devoción al Corazón de Cristo. Han dejado plenamente establecido que los elementos fundamentales de la devoción, como son el amor de consagración y reparación en respuesta de fe, confianza y amor a Cristo, conducen a la plenitud de la ley cristiana que es el amor de caridad, fomentan la unión de intenciones y proyectos con las intenciones y proyectos de Cristo, realización suprema de la voluntad de Padre, y la docilidad al Espíritu Santo.

En realidad, en estos dos últimos siglos son muchos los santos y beatos, cuyas vidas de santidad, y de apostolado heroico, se fraguaron en la espiritualidad del Corazón de Jesús y que sin ella serían incomprensibles. Piénsese por ejemplo, a santa Rafaela María del Sagrado Corazón (+1925), heroína de la tercera manera de humildad; santa María Eufrosia Pelletier (+1868), de la escuela de san Juan Eudes, en el amor redentivo del Buen Pastor; santa Magdalena Sofía Barat (+1865), fundadora de la Sociedad del S. Corazón para la enseñanza y formación de la juventud femenina; santa Francisca Saveria Cabrini, la gran misionera de los emigrantes; san Juan Bosco (+1888), con el fomento de los monumentos e iglesias al S. Corazón; san Daniel Comboni (+1881) en su proyección misionera hacia África; el beato Carlos de Foucauld (+1916) en su peculiar vocación nazaretana y eucarística; el Ven. Francisco de Paula Tarín (+1910) con su espléndida irradiación en las misiones populares; el beato Manuel Domingo y Sol (+1909), en su dedicación a las vocaciones sacerdotales; y muy especialmente san Manuel González (+1940), fundador de las Marías de los Sagrarios y de los Juanes, y tantos otros.

Podríamos observar, a medida que avanzó la segunda mitad del s. XX, una cierta flexión en el entusiasmo por la devoción, si atendemos a algunos aspectos más populares de la misma; pero podemos decir que el arraigo profundo en la espiritualidad tradicional y litúrgica de la Iglesia se ha perfeccionado, se han profundizado los valores teológicos y espirituales de reclamo y centralización en lo fundamental de la santidad cristiana, que la espiritualidad de la devoción al Corazón de Jesús contiene.

Pero no podríamos afirmar igualmente que el influjo benéfico universal en el pueblo cristiano haya aumentado con la pérdida o disminución de varios aspectos y de prácticas de esa devoción más relacionadas con el impulso proveniente de Paray.

En el s. XIX y primera parte del XX predominaron el aspecto victimal, eucarístico, de sentido del pecado y de su reparación individual y colectiva en la espiritualidad del Corazón de Jesús, se subrayó también la dimensión de homenaje social y civil debido al Reinado de su amor. Luego han predominado algunos aspectos como el de la interioridad y donación total de la persona, y se ha subrayado el sentido redentor del

amor de Cristo y de su misericordia, especialmente con las encíclicas de Juan Pablo II, “Redemptor hominis” (1979) y “Dives in misericordia” (1980), y con el interés, acentuado por este mismo Papa, en la espiritualidad de la misericordia y en la canonización de santa Faustina Kowalska.

3. Reflexiones finales

La dimensión de confianza suscitada por esta devoción ha existido siempre; pues hace fijar la atención en ese Corazón que tanto ha amado a los hombres. La historia de la espiritualidad centrada en el Corazón de Cristo muestra realizada en la Iglesia la frase de san Juan: “Nosotros, hemos creído y conocido la caridad que Dios tiene hacia nosotros” (1 Jn 4,16). Desde la contemplación del Corazón abierto del Salvador se han ido descubriendo, cada vez más, nuevos aspectos englobantes de toda la persona de Jesucristo y de una respuesta más totalizadora de parte del cristiano: de todo su ser más íntimo y de sus actividades individuales y sociales, misioneras y aun políticas, en la respuesta de amor que el Corazón de Cristo espera de los hombres.

La intervención especial de la Providencia divina con los acontecimientos que se derivaron de las revelaciones privadas de Paray le Monial aparece como un impulso decisivo para la extensión en el pueblo cristiano y para el arraigo en el culto y liturgia de la Iglesia de una serie de prácticas y reflexiones de estudio, y aun para promover y perfilar la doctrina oficial de la Iglesia. El símbolo del Corazón de Cristo ha superado los límites de signo convencional. Atrae hacia la realidad de unas riquezas insondables de amor sacrificado que suscitan la respuesta de amor reparador y de consagración total. Las prácticas que sostienen esta espiritualidad de la devoción al Corazón de Jesús han ido cambiando, al menos en su intensidad y acentuación. Han sido más o menos subrayadas unas que otras a lo largo de la historia; pero han demostrado que han contribuido a sostener la vida en el Espíritu de muchos santos en la Iglesia. Hay en ellas algo extremadamente sólido y valioso que no debe perderse ni disminuir, que puede vivirse santamente en diversas formas o matizaciones y que no ayuda el que desaparezcan.

4. Bibliografía

Magisterio:

Enc. “Annum Sacrum”, ASS 31 (1899) 646-651; Enc. “Miserentissimus Redemptor”, AAS 20 (1928) 165-178; Enc. “Haurietis aquas”, AAS 48 (1956) 309-353; Lett. Apost. “Investigabiles divitias Christi”, AAS 57 (1965) 298-301; Enc. “Redemptor hominis”, AAS 71 (1979) 257-324; Enc. “Dives in misericordia”, AAS 72 (1980) 1177-1232.

Estudios:

AA.VV., *Cor Jesu*, 2 vol., Herder, Roma 1959; *Cor Christi. Historia. Teologia. Espiritualidad. Pastoral*, Instituto Internacional del Corazón de Jesús, Bogotá 1980; *Cor Salvatoris*, ed. J. Stierli, Herder, Barcelona 1958; *Il Cuore di Cristo centro del mistero della salvezza, a cura di J. Solano*, C.d.C ed., Roma 1981; J. SOLANO, *Teología y vivencia del*

culto al Corazón de Cristo, 2 tomos. Madrid 1979; A. HAMON, voz “Cœur (Sacré)”, en *Dictionnaire de spiritualité*, t. 2, col. 1023-1046 ; A. SOLIGNAC-M. DUPUY, voz “Spiritualité”, *Ibid.* t.14, col.1142-1173 ; cf. t. 1, 367 ss.; 770 ss.; t. 2.939-943; t. 8, 488-501; t.9, 1101 ss.; t. 10, 61-63 y 349-355; t. 12, 1519-1525; t. 13, 633-70; t. 15, 46-48; CH. A. BERNARD, *La spiritualità del Cuore di Cristo*, Paoline, Torino 1989; *Il Cuore di Cristo luce e forza, a cura di Ch.A. Bernard*, AdP, Roma 1995; J. DE GUIBERT, *La spiritualité de la Compagnie de Jésus. Esquisse Historique*, IHSI, Roma 1953, passim; M. GONZALEZ GARCIA, *Obras completas*, 2 vol.: ed. Tomás Álvarez, Burgos-Madrid 1999. K. RAHNER, “Corazón o protopalabra”, en *Escritos de teología*, Taurus, Madrid 1961-1967, v. III, 357-392 y v. VII,517-546; E. GLOTIN, *L'expérience spirituelle de la réparation*. Actes du Congrès de Maray-le-Monial 13-15 octobre 1995, Emmanuel, Paris 1998; J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001.